

**VIAJE
AL CENTRO
DE MIS
MUJERES**
**ALICIA
DOMÍNGUEZ**

Contenido

1. [Prólogo](#)
2. [El amor tiene forma de mariposa](#)
3. [Les arrebatamos la esperanza](#)
4. [Ecós lejanos de un pasado color sepia](#)
5. [Quiero irme a Lisboa contigo](#)
6. [La tumba negra de Monsaraz](#)
7. [Nos ossos que aquí estamos pelos vossos es](#)
8. [Y la diosa de mis días se convirtió en una](#)
9. [Lisboa es mi mejor ansiolítico](#)
10. [¿Sigues pensando ser madre?](#)
11. [Un encuentro inesperado](#)
12. [La primavera llegará después del invierno](#)
13. [Siempre he odiado los trenes](#)
14. [Y solo se me ocurre amarte](#)
15. [No quiero ser así](#)
16. [Malditos juegos del hambre](#)
17. [Un mensaje para Pessoa](#)
18. [Un lugar con mar para recibir el Año Nuevo](#)
19. [El chamán del pueblo](#)
20. [Quiero besarte](#)
21. [Yo solo pasaba por aquí](#)
22. [La puesta de sol más bonita del mundo](#)
23. [Y la Menuíta entró en nuestras vidas](#)
24. [Un lugar donde se calma el dolor](#)
25. [Volver a la vida de siempre](#)
26. [Si me hubiera querido la mitad de lo que t](#)
27. [Y la primavera llegó voluptuosa](#)
28. [Quien de miedo se viste, de cagajones le h](#)
29. [Epílogo para un sueño](#)
30. [AGRADECIMIENTOS](#)

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculo rojo.com
info@editorialcirculo rojo.com
Colección Novela

© Alicia Domínguez Perez

Edición: Editorial Círculo Rojo
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Rev: Germán Fernández Martín
Fotografía de cubierta: © shutterstock
Diseño de portada: @ideólogo.com

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9115-899-8

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Prólogo

«No hay tradición cultural que no justifique el monopolio masculino de las armas y de la palabra, ni hay tradición popular que no perpetúe el desprestigio de la mujer o que la denuncie como un peligro».

Eduardo Galeano

Comparto con Alicia Domínguez dos aficiones, llamadas querencias si así os parece. Por un lado, lo que se ha dado en llamar memoria histórica. Ambos hemos dedicado algo de nuestras vidas a rescatar unos hechos, que deberían avergonzarnos como españoles, de una espesa niebla de silencios, versiones falsamente históricas, mentiras interesadas e imposturas solidificadas por quienes deberían haberlos aclarado y dilucidado. Hechos atroces de una época, no tan remota como algunos quieren hacer creer, callada, detestable y sucia, en la que la palabra, el pensamiento y la libertad fueron pisoteados. Su obra *El verano que trajo un largo invierno* es lo suficientemente elocuente, arrojando luz sobre una realidad que es preciso iluminar para que no se haga invisible. O más invisible de lo que ya es.

Por otro lado, Lisboa en particular y Portugal en general ejercen una sugestiva y fecunda atracción sobre nosotros, sobre Alicia y sobre mí. Lo he hablado con ella: es algo incorpóreo, alejado del tópico más turístico, algo natural, saludable, auténtico y limpio. Creo, creemos ambos, sinceramente, que Lisboa es, ante todo, necesaria.

Y aquí estamos, compartiendo algo más, en el umbral de su novela *Viaje al centro de mis mujeres*. A bote pronto, el término *viaje* podría sugerir una *road story* al uso. Y sí, *Viaje al centro de mis mujeres* puede ser una *road story* al uso, en la que los personajes experimentan una evolución vital. Pero no es solo eso. El viaje de las protagonistas, Lola y Sara, es además a través de ellas mismas. Ese es el territorio por el que discurre el relato.

Como habrán advertido, he dicho las protagonistas. Y así es, sus dos protagonistas, personas de carne y hueso, de perfiles perfectamente reconocibles, transitan por el amor cercano, el amor que se respira, el amor evidente, palpable y manifiesto. Rostros caminando hacia la luz, con

su dignidad tambaleante, con su condición —siempre precaria— de seres humanos. Así pues ¿de qué va todo esto? Muy sencillo: de la condición humana.

De personas que aman, que dudan, que sienten. Lo importante es sentir, lo demás son alrededores... La autora ha llevado a su terreno a los personajes —o a lo mejor es al revés— con una sinceridad de sentimientos abierta y espléndida, y explora los abismos entre el último deseo y la última renuncia frente a las poderosas fuerzas del azar.

Llegados a este punto, hay que advertir que tampoco es una convencional «novela de mujeres». Alicia Domínguez huye deliberadamente de la emotividad, y bien que podría haberla explotado. Ella prefiere que la emoción no se desborde, levanta un dique para que la pasión y el erotismo queden suavemente contenidos, un acto premeditado y voluntario para que el lector perciba que es la autora quien las sujeta. Lo mismo cuando hace incursiones al territorio de la memoria: mujeres valerosas, calladas, que miran al pozo de sus secretos más íntimos y que, cuando bajan la vista, ya lo han dicho todo. Mujeres que afrontan la crueldad, el engaño y la injusticia con sus armas de destrucción pasivas. Me recuerdan a aquellas mujeres asturianas que, durante la huelga minera de 1934, echaban maíz al paso de los esquirols. Con su gesto silencioso, estaban gritando bien alto: «Gallinas, gallinas, gallinas...».

La autora somete con destreza su atractivo relato al equilibrio, siempre difícil, entre lo global y lo pequeño, lo cercano, lo provinciano. La realidad, su realidad más próxima, se hace maleable y extensible hasta que alcanza los valores más universales de la condición humana. Ahí cabe Cádiz, nuestro pequeño mundo abarcando el mundo actual que nos rodea, y uso el término *rodea* en su acepción más amenazante.

Aun así, la novela no es un monumento al pesimismo; Lola, la protagonista, y creo que la propia autora —que gasta muchas maneras de ella— festejan la vida porque no se resignan.

Viaje al centro de mis mujeres es una novela que se lee con avidez, con agrado y que deja, al término de sus páginas, un regusto agridulce. ¿Por qué? Sencillamente, porque no ocurre lo que debería ocurrir, porque no ocurre lo que estamos habituados que ocurra. Otro delicado ejercicio de pesas y contrapesas para equilibrar la convención y la transgresión.

Decía antes que comparto con Alicia la dedicación a la memoria histórica y el amor por Portugal. Pues bien, tanto la una como el otro son actores principales en el reparto de papeles de esta atractiva novela.

En fin, que la vida me ha enseñado a confiar solo en lo que se hace honradamente. Y este es un trabajo honrado. Que no es poco.

Por último, no esperen encontrar un mensaje, ni siquiera una moraleja en *Viaje al centro de mis mujeres*. No lo pretende. Tal vez, la conclusión de que es absolutamente estúpido resignarse a vivir fingiendo que se es feliz. Porque al final se vive como se sueña: solo.

José Pettenghi

«Si has intentado encajar en algún molde y no lo has conseguido, probablemente has tenido suerte. Es posible que seas una exiliada, pero has protegido tu alma... Es peor permanecer en el lugar que no nos corresponde en absoluto que andar perdidas durante algún tiempo, buscando el parentesco psíquico y espiritual que necesitamos. Jamás es un error buscar lo que una necesita. Jamás».

Clarissa Pinkola

«Nada tiene una influencia psicológica más poderosa sobre el entorno y especialmente sobre los hijos que la vida no vivida de los padres.

Solamente lo que somos en realidad tiene el poder de curar».

Carl Gustav Jung

El amor tiene forma de mariposa

Un anciano mira al infinito. Ajeno a los gritos de los que, como él, se quedaron varados en la playa de la desmemoria; a las regañinas de las cuidadoras; a la voz de la celadora anunciando las ansiadas, y siempre escasas, visitas, vive recluido en un mundo hostil y sombrío, poblado de voces internas y zumbidos afilados.

Cuando sale al jardín, sus ojos turbios y pétreos, tan distintos a los que brillaban de deseo cuando la veía alejarse contorneando su cuerpo con esa gracia, *que ni la Lollobrigida tenía*, se posan al desgaire en los cachitos de cielo que se divisan entre las copas de los árboles. Perdido en los vericuetos de una memoria huidiza y voraz, que día a día se va tragando las imágenes de las personas que poblaron su vida, maldice cada mañana despertar de nuevo de ese sueño pastoso en el que lo sumergen los tranquilizantes.

Lenta e inexorablemente, siente crecer dentro de él una presencia maligna. Una especie de malformación que, suplantando uno a uno sus huesos, sus órganos, su piel, su cerebro... lo ha convertido en un monstruo. Ya no hay nombres. No hay palabras. No hay identidad. Ni siquiera recuerdos a los que asirse. Y eso duele tanto...

Pero a veces, sin saber por qué, el tormento le da tregua. Entonces, una tímida sonrisa se dibuja en su boca, normalmente desencajada, y un halo de serenidad ilumina su rostro. En esos instantes en los que el dolor afloja, sus arrugas, profundas como tajos, parecen suavizarse. Cualquiera que le hubiera conocido años atrás aún podría identificar los rasgos de ese hombre guapo y seductor que un día fue. Pero esos tímidos reflejos son tan fugaces como las estrellas errantes. De nuevo, vuelven las imágenes que le roban el sosiego. Y entre todas, una le atormenta especialmente. Una niña, con la mano extendida y la palma vuelta, le grita algo desde la distancia. Incapaz de soportar sus gritos se tapa los oídos. Escucharla le provoca un dolor tan insoportable como si lo estuvieran colgando del techo por un

gancho clavado en el esternón. Trata de alejarla palmoreando violentamente al aire. Es inútil, la niña sigue ahí con su mirada fija. Una angustia atroz crece en su interior. El pecho se le achica como una nuez y el aire se convierte en un gas venenoso que le ahoga. Aterrado, trata de gritar, pero la voz, como si fuera de serrín, se le atasca en la garganta arañándole. Entonces, se aferra al colgante con una mariposa de alas azules que siempre lleva consigo. Sentirlo en su mano lo calma momentáneamente. Con suavidad, se lo acerca al corazón, mientras se balancea despacito en un rítmico movimiento. Balbucea algo ininteligible: *gioia, gioia, gioia*.

Y durante unos breves instantes, los fantasmas del pasado huyen...

Les arrebatamos la esperanza

Esa mañana me desperté sobresaltada. Una frase de Séneca, leída en Facebook la noche anterior: «Existe el destino, la fatalidad y el azar; lo imprevisible y, por otro lado, lo que ya está determinado», me rondaba la cabeza. Una sensación de apretura en la boca del estómago me hizo intuir que ese día no iba a ser uno de esos infectados de rutina que venía arrastrando últimamente. No, ese martes no sería uno de esos. Ese martes, anormalmente cálido para el mes de diciembre, algo similar a un meteorito impactaría contra mi vida, alterando para siempre la errática trayectoria en la que orbitaba desde hacía ya demasiado tiempo.

Llegué a la oficina alrededor de las siete y media. Algo inusual en mí, que nunca fichaba antes de las ocho y cuarto. Mi jefe ya estaba allí y, a juzgar por los dos vasos de plástico con restos de café que reposaban en la papelería, debía llevar un buen rato.

—¿Duermes aquí o qué? —Sonrió ásperamente, un gesto muy característico en él—. ¿Te has enterado de que han soltado a nuestro expresidente? Pronto se ha desvanecido la alegría de verle en el trullo. Como decía mi abuela: «Qué poco dura la esperanza en la casa del pobre».

—Lo escuché esta mañana en la radio. ¿Qué esperabas, que lo mantuvieran en Soto del Real hasta que se celebrase el juicio? Vamos, Lola, pareces nueva. No hay nada como tener contactos en el partido en el poder. Y encima, el cabrón sale de la cárcel echando un pulso al juez y amenazando con llevarlo a los tribunales por prevaricación y daños irreparables contra su honor. Hay que tener poca vergüenza. Qué asco de país.

—Esto no tiene arreglo, José. Ya verás cómo, al final, los únicos que vamos a pagar por la quiebra del banco vamos a ser los trabajadores. Ya nos adelantó algo el director de recursos humanos en la reunión del otro día, en la que, por cierto, te puso falta. Jefe, corren malos tiempos y no conviene señalarse ahora. —Mi consejo fue recibido con un exabrupto.

—Que me echen si tienen cojones. A ver quién les facilita a los auditores toda la documentación que nos piden los que nos han prestado tantos miles de millones para que el chiringuito no se vaya a tomar por culo.

Su teléfono comenzó a sonar. Al ver que era Alejandro, nuestro director de división, un pijo integral que se había ganado a pulso la fama de trepa y déspota, me hizo un gesto de disculpa y descolgó el auricular. Aproveché la interrupción para ojear la prensa. Leí los titulares de las noticias nacionales y, como siempre, pasé de largo las páginas de sucesos. Nunca las leía. Me aburrían muchísimo las noticias de vandalismo, hurtos y peleas varias que llenaban esta sección. Pero algo me hizo volver a la página anterior. Ojeé de arriba abajo los titulares y allí estaba. Era una noticia corta, apenas veinte líneas, que se clavó en mis ojos como un punzón. La leí susurrando, a trompicones y casi sin aliento: *Un desahuciado se mata desesperado por las deudas. Samuel Gomáriz se quitó la vida tras recibir la orden de desahucio de su vivienda. El hombre de 34 años, casado y con una hija de 8 años, fue encontrado muerto sobre un charco de sangre en medio de la calle de un barrio de clase trabajadora. Gomáriz, obrero en paro, había llevado a la niña al colegio y, al regresar a casa, aprovechando que su esposa, también sin trabajo, había salido, se arrojó al vacío desde la cuarta planta del inmueble donde residía. Algunos vecinos afirmaban que llevaba en la mano la carta comunicando el desahucio.*

La vista se me nubló. La bilis me subió a la garganta y comencé a dar arcadas. Incapaz de controlarlas, salí corriendo del despacho. Alcancé la puerta del servicio in extremis. Entré y me arrodillé violentamente junto al váter. Mis rótulas sonaron metálicas en su impacto contra el suelo. Agarrada a la taza del inodoro, arrojé cuanto tenía en el estómago, que no era mucho porque llevaba ya varios días comiendo lo justo para sobrevivir.

En un segundo saltaron sobre mí todas las sombras que, desde hacía meses, me acechaban detrás de la puerta. Una puerta que mantenía trancada para evitar que su incómoda

presencia me impidiera desempeñar mi labor profesional. Comencé a llorar violentamente. Lloraba por Samuel. Lloraba por Ernesto. Lloraba por mi falta de coraje para arrojar a la impostora que me habitaba desde hacía años y que, sin el concurso de mi voluntad, había conducido mi vida hasta ese momento en el que todo estalló.

Cuando el vómito cesó, me senté en el suelo y apoyé la espalda contra la pared. Fijé mi mirada en los rectángulos esmerilados de la ventana, a través de los que se filtraba la tenue luz de la mañana, una luz que, de repente, se había extinguido. La frialdad de los azulejos me proporcionó cierto bienestar. Me sentía exhausta, como si me hubieran dado una paliza. Solo quería morirme. Permanecí un rato en silencio y con los ojos cerrados. Unos golpes en la puerta, seguidos de los gritos de mi jefe, me sobresaltaron.

—Lola, ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda? Abre. Déjame entrar.

—Estoy bien —mentí—. Dame un momento, por favor.

Me incorporé y tiré de la cisterna con la esperanza de que el agua arrastrara el vómito y lo que lo había provocado. Coloqué mis manos bajo el grifo y me las restregué con fuerza. El olor a podrido continuaba inalterable en mi piel. Me miré al espejo. El rímel se había corrido por mis mejillas, confirmando a mi rostro un aire fantasmagórico. Me limpié con un trozo de papel higiénico y salí del baño. Fuera me esperaba José María con la cara desencajada. Al percatarse de mi temblor, se apresuró a quitarse la chaqueta y echármela por los hombros, mientras me conducía a su despacho. Un par de compañeros, alertados por el alboroto, se acercaron, interesándose por lo sucedido. Mi jefe, haciendo gala de su peor humor, los echó sin contemplaciones. Ya en el despacho, me desplomé sobre el sofá.

—Somos unos hijos de puta. Somos insaciables —gritaba conmocionada, mientras golpeaba con fuerza el reposabrazos del sofá—. Ese hombre tenía una hija y se ha tirado por la ventana. Lo he empujado yo al vacío, José. Yo firmé ese expediente, yo, yo —repetía una y otra vez.

—No digas tonterías, Lola. Cálmate, estás fuera de ti. Tú no eres responsable de su muerte, no lo eres, y yo, tampoco. Quitate esa idea absurda de la cabeza. Los responsables son los que nos han llevado a esta situación. ¿Qué podemos hacer nosotros? Dime, ¿qué? —Se inclinó hacia adelante hasta casi rozar mi cara. Su voz retumbaba en mis oídos como un trueno en medio de un descampado—. Solo hacemos nuestro trabajo. Nada más. Si a todos los morosos les permitiéramos seguir en sus casas, este país se iría a pique.

—Es preferible que se vayan a pique ellos, ¿verdad?

—Nosotros no hacemos las leyes. Nos limitamos a hacerlas cumplir. Alguien tiene que hacerlo. Hacemos lo que podemos. Solo eso... lo que podemos.

—Les arrebatamos la esperanza, los embargamos para toda la vida. Dejamos a sus hijos en la calle a merced de la caridad, los matamos en vida hasta que deciden matarse del todo...

—Joder, ¡ya vale! No me seas trágica —me cortó en seco con esa autoridad marcial que utilizaba cuando quería dar por zanjado un tema sin dar la oportunidad de replicar—. Nadie le obligó a hipotecarse. Nadie, ¿me oyes? ¿Y ahora somos nosotros los malvados por quitarles unas casas que no pagan? ¡Venga ya! Ni tú ni yo, a pesar de ganar un buen sueldo, nos hemos dejado arrastrar por la alegría consumista en la que se ha vivido durante las últimas décadas. En este puto país, todos, desde el albañil al ministro, han vivido por encima de sus posibilidades, pero nadie se preguntaba qué pasaría cuando este espejismo se acabara. Seguíamos haciendo girar la rueda hasta que se le ha saltado el eje, y ahora viene el desastre. Samuel y otros miles como él no se plantearon nada cuando ganaban tres mil euros mensuales poniendo ladrillos. Se los gastaban tal como lo ganaban. Se compraban todoterrenos, pisos grandes, muebles ostentosos, pantallas de plasma... Viajaban a Eurodisney como si fueran a las Canteras de Puerto Real. No somos culpables de su muerte. No lo somos. ¡Coño, es-

cúchame! —gritó, agarrándome de las muñecas para impedir que continuase tapándome los oídos.

—No todos se embarcaron en historias insostenibles. La mayoría solo aspiraba a tener una casa acorde con sus posibilidades. Y las pagaban religiosamente mientras tuvieron trabajo. Esos también se han quedado en la calle. No, no se han quedado en la calle —rectifiqué con la voz ya ronca. Un hilillo de saliva caía por la comisura de los labios—, los hemos arrojado a ella. Familias con hijos, pobres ancianos que, de la noche a la mañana, tienen que abandonar sus casas, aunque después éstas permanezcan vacías durante años. Estoy asqueada de todo esto, José; no puedo más, no puedo más.

—Por favor, cálmate. Vete a casa, tomate un tranquilizante y échate a dormir. Mañana lo verás todo distinto, estoy seguro. Llamo a Ernesto para que te venga a recoger.

—No, no lo llames, por favor —le supliqué—. Me voy sola.

—Tú no estás en condiciones de conducir. Voy a llamar a Ernesto, quieras o no —me advirtió, mientras cogía el teléfono y comenzaba a teclear su número.

—No lo hagas —le quité el móvil de las manos—. Él y yo... ya no estamos juntos.

—Joder, mi niña. Ya te notaba yo muy rara estos días. Ahora entiendo por qué has estallado de este modo. Era eso lo que te pesaba.

—Eso también me pesaba —maticé—. No minimices lo de Samuel.

—¿Cuánto hace que lo habéis dejado?

—Unas tres semanas. No, hace ya casi un mes. Fue más o menos a principios de noviembre —traté de datar el naufragio con exactitud.

—Coge tu abrigo, que te llevo a casa —me ordenó—, y así me lo cuentas por el camino.

Recostada en el asiento delantero del coche, algo más calmada, lloraba bajito. Mientras tanto, José María trataba de sonsacarme la razón de la ruptura.

—¿Ha añadido alguna cosa más a la lista de estupideces relacionadas con Pili?

—No, lo de siempre, más de lo mismo —dije entre hipidos, y no le mentí porque el último incidente que provocó la pelea que puso fin a nuestra relación solo nos competía a los dos.

—Ese chico es que no termina de enterarse del pedazo de mujer que tiene a su lado. Yo creo que tiene el síndrome de Estocolmo con su ex, pero ya verás como todo se arregla —insistía en consolarme, mientras buscaba una caja de Kleenex en la guantera del coche—. Ya lo conoces, es una persona excelente, pero la culpa le pesa como una losa. Te lo dije el primer día que me hablaste de lo vuestro. Te dije que ibas a sufrir, que no estaba seguro de que pudiera soportar la presión de Pilar y, sobre todo, la de su hija. No sé qué habrá hecho ahora, pero, sea lo que sea, sabes que te quiere.

—Preferiría que me quisiera menos y disfrutara más de nuestra relación.

—De veras que lo siento, hija. Es una putada y, como no tenías bastante, va y al hijo de puta ese le da por suicidarse. —Arrancó bruscamente en cuanto el semáforo se puso en verde.

—No hables así —le recriminé—. Eres un monstruo, José, no te conozco. ¿No sientes compasión por ese pobre hombre? Si a mí me hubieran dejado en la calle, te aseguro que antes de matarme, me llevo por delante a unos cuantos.

—Vale, lo siento, perdóname. Yo también estoy nervioso. Esta noticia es una tragedia, tienes razón —sus disculpas sonaban sinceras—. Pero, por favor, no sigas torturándote de ese modo. Yo entiendo que el incidente te haya afectado. Te conozco bien, sé lo mucho que te implicas con los clientes, pero, aun siendo muy duro lo que le ha pasado a ese hombre, no hay justificación para quitarse la vida. No podemos responsabilizarnos de los desequilibrios mentales de la gente. Miles de personas pierden sus casas cada día y, a pesar de ello, siguen echándole huevos a la existencia.